



Epílogo de una patología sacrificial pseudo-espiritual

La religiosidad monoteísta llamada abrahámica ha sido públicamente demostrada desde el siglo XX, conceptualmente, históricamente y factualmente, como basada en fundamentos falsos, inicialmente creados y manipulados por poderes políticos judíos locales del siglo VII aC, y remodelados en el curso de los siglos siguientes por otros poderes políticos, cristianos, luego musulmanes, para satisfacer sus respectivas ambiciones expansionistas, apoyándose en narrativas artificiales.

Entre los artificios utilizados, una referencia sacrificial ambigua fue determinante en el desarrollo de esta religiosidad, pretendida virtuosa por haber roto con los sacrificios humanos practicados anteriormente para otros dioses, porque su nuevo dios único (Yahvé) se suponía que no lo quería más entre sus creyentes. En este sentido, el mítico fundador Abraham (presuntamente nacido en Mesopotamia a principios del segundo milenio antes de Cristo y muerto más de dos siglos después) no habría sacrificado ejemplarmente su primer hijo Isaac. Y Cristo, como cordero simbólico, habría encarnado luego sí mismo el último ser vivo sacrificado, redimiendo definitivamente por la ocasión todos los presuntos pecados de sus creyentes. Pero el fenómeno sacrificial no había desaparecido de la religiosidad abrahámica, solo había mutado.



Fieles artificialmente persuadidos de que estaban sirviendo a una religión de amor y de alta espiritualidad a pesar de las evidencias contrarias, pudieron perpetrar, con celo y fervor, innumerables asesinatos, matanzas y genocidios, que han matado a muchos más seres humanos "no conformes" que los sacrificios rituales anteriores. Esto en el nombre y para la gloria de su dios único pretendido superior, pero también para la desgracia sobre todo de los múltiples herejes, apóstatas, incrédulos, etc., sacrificados ejemplarmente en el sufrimiento y las torturas, siglo tras siglo.

El triste epílogo de estas violencias, pretendidas de derecho divino pero antihumanas de hecho, es que creyentes abrahámicos del siglo XXI continuaron siguiendo sin discernimiento el mal ejemplo de sus élites gobernantes, no tan creyentes como parecían, y de los cuales muchos habían pasado ocultamente, ya desde hace varios siglos, al servicio del antiguo dios de los infiernos Plutón (de ahí su denominación de plutócratas). Estas pseudo-élites engañosas decidieron finalmente por despecho, ante el fracaso de su último intento de toma del poder mundial, un mega-sacrificio colectivo del mayor número posible de sociedades y de seres humanos. Y esto en nombre de una espiritualidad indebidamente confundida con la religiosidad abrahámica, de la cual algunos prosélitos habían incluso perdido el contacto con la realidad hasta el punto de pretender que si sus planes hubieran fracasado, es porque no se había aumentado suficientemente la dosis de tratamiento de las poblaciones, con más sacrificios y más espiritualidad adaptada.

Sin embargo, como traducción latina del término griego pneumatikos (respiración, inspiración, soplo), el término espiritualidad significa etimológicamente una expresión del espíritu humano, que moviliza el pensamiento y la abstracción en compensación de la materialidad, y de lo que es carnal y temporal. Pero estos atributos calificativos no vinculan la espiritualidad a la religiosidad abrahámica, y no deben ser confundidos con ella. Porque el campo de la espiritualidad es mucho más vasto, más complejo y más rico que el de esa religiosidad más destructiva y engañosa que salvadora o redentora, y esto no puede justificar en absoluto la patología mortal del imperialismo plutocrático que se deriva de ello.

La parte todavía sana de mente de la Humanidad debe corregir cuanto antes esta patología, y vacunarse de este por el futuro, especialmente no yendo más a buscar espiritualidad donde no hay ninguna, o donde solo se pueden encontrar falsas. La fe en una Humanidad sana, unida y lúcida, y en su gran Casa común, es una creencia mucho más capaz de asegurar realmente su supervivencia y su felicidad, que una fe ciega en una minoría mentalmente enferma, depredadora y autodestructora.